



LOS GRANDES ACHICADOS, por CAÑAVATE

Ya sabíamos que el duque de Alba era de los más «grandes» de España; pero ¿cómo habíamos de pensar que era más grande que sus antepasados?

¿Va "usté" al cine? Pues es un valiente.

¿Va "usté" al teatro? Pues es un héroe.

Hace unos días nos llegó un pliego, cuyo sobrescrito aparecía trazado en caracteres del siglo XVII. Al abrirlo nos dió un vuelco el corazón. ¡La carta prometida de don Pedro! (Aviso: este don Pedro es Calderón de la Barca nada menos. Véase el número anterior de NO VEAS.) Dos papeles componían el envío. En un dos por tres leímos el más pequeño. Decía así:

«Encomendados a la gentileza de vuesamerced, va con ésta un memorial, suplicatorio o requerimiento a la Junta de Espectáculos. Hágalo llegar muy luego a los lectores de NO VEAS. Holgámonos de su diligencia.»

Me quedé estupefacto. Esto iba firmado por Calderón de la Barca, Lope de Vega y Cervantes. Presa de la mayor curiosidad, desdoblé el otro pliego. Helo aquí en transcripción fiel:

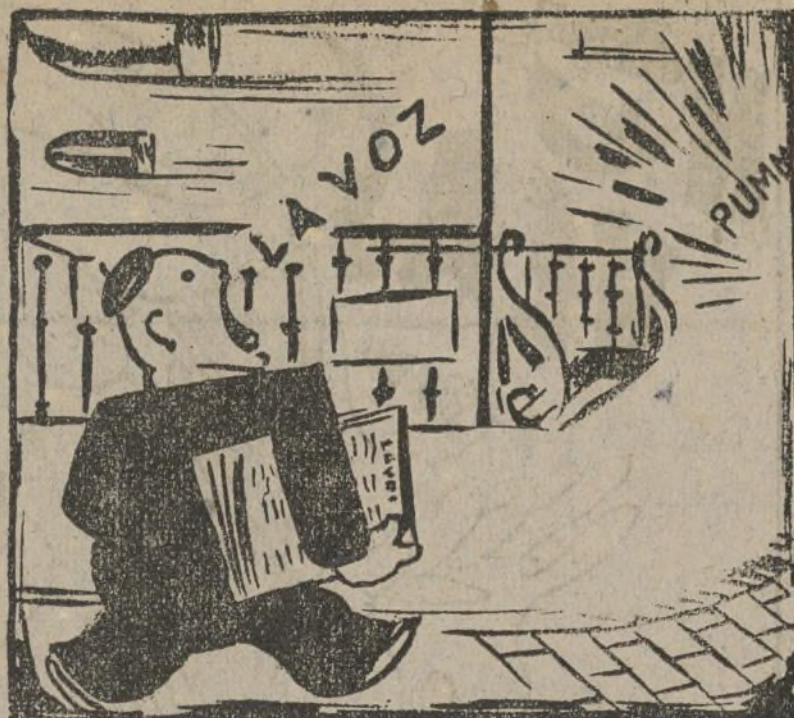
«Camaradas de la Junta de Espectáculos:

»Los abajo firmantes, Pedro Calderón de la Barca, domiciliado en la plaza del Príncipe; Fray Lope Félix de Vega Carpio, en el paseo del Cisne, y Miguel de Cervan-



tes Saavedra, en la plaza de las Cortes, mayores de edad y vecinos todos de Madrid, a vuestra consideración y altísimo criterio exponen lo siguiente, sin que ello encierre amenaza, pues que no es de bien nacidos amenazar maguer como en aqueste caso la justicia y el derecho se hallen a nuestro lado.

»Reunidos los tres en lo que vuesasmercedes llaman Metro de Banco, refugio al que hubimos de acogernos no ha sino tres noches huyendo de las bombardas que ese follón y desleal llamado Franco dirigía a esta ciudad heroica mil veces, toparon nuestros ojos con una hoja impresa intitulada «La Voz», que daba aviso de las piezas que se representan en los corrales matritenses. Leimosla con bien justificada curiosidad, y allí fué de nuestra pesadumbre, desesperanza y desventura. Ni una sola de nuestras comedias, con o sin refundidor (oficio ignorado por nosotros), asomaba en los avisos. Apreciando en nuestro corto entendimiento que ello se debería a que otras piezas más bellas, más humanas y perdurables de nuevos ingenios hubieran sumido las propias en el polvo del olvido, dimonos a me-



ditar lo efímero de la gloria que en vida se nos prometió durable. Y acudimos a los corrales para celebrar las nuevas glorias que en justa lid nos habían vencido. ¡Talía y las musas nos valgan! ¡Por nuestra ánima que jamás escuchamos mayores dislates! Tan faltas de enjundia las apreciamos, que más nos parecieron producto de orates que de testa organizada.

»Llagados de las telas del entendimiento y con la cabeza trocada en olla de grillos ante piezas tan deleznales, hubimos de tomar un acuerdo. Helo aquí:

»Cambiadas nuestras comedias, que sacamos del honcón de la entraña del pueblo, por aquestas otras tan salvadas de mentecatez como faltas de ingenio, de consuno resolvemos:

»Que no es a nosotros a quien en justicia corresponden los pedestales que ocupamos por voluntad del pueblo que los erigió, sino a los nuevos ingenios llamados Angel Custodio, Casas Bricio, José Lucio, Manuel Russell, Torrado y Navarro y Quintero y Guillén. Obrad con arreglo a este deseo.

»Desde mañana ocultaremos nuestra desventura en un rincón ignorado de este Madrid inmortal.

»A los veinte días de setiembre del año de gracia de mil y novecientos y treinta y siete.—Pedro Calderón de la Barca, Fray Lope Félix de Vega Carpio, Miguel de Cervantes Saavedra.»

Por la copia,
Asdrúbal PEREZ

(Ilustraciones de Cantos.)



Trimestre	3,75 pesetas
Semestre	6,25 —
Año	12,00 —

CALENDARIO DE CONSULADO MARTES Y 13

Los de la "quinta columna" se conocían por el calendario. Se agrupaban en meses, en semanas. Los del año son todos los que no han podido ser cazados desde octubre del 36. Pero ya se sabe el refrán: "A cada cerdo le llega su San Martín..."

De entre todos los complicados en el asunto ese del calendario, el más desgraciado era un sobrino de un conde pascero, llamado Tontín Emboscado. Quería seguir los pasos a su tío si era preciso, y tenía mala suerte. Por si las moscas, allá por noviembre se hizo «súbito» de Colombia y se coló en una casa que tenía en el balcón una bandera muy rara. Le costó lo suyo. Cinco mil duros de entrada y diez mil pesetas mensuales para alimentación. Claro es que todo esto le daba derecho a salir algunas tardes por Madrid...

Como decíamos... Se metió en el lío del almanaque. Se lo dijeron en el Consulado.

—¿Quieres ingresar en la "quinta columna"?

—Pero si yo soy un convencido! Por naturaleza y por nacimiento...

—Bueno, Tontín. Pero ya sabes que esto es serio y que habrá que salir a la calle a pegar tiros para ayudar a nuestros hermanos los morbos, los italianos y alemanes a entrar en Madrid.

—¡Ya me daréis un puesto tranquilito! Sabéis que soy sobrino de un conde y merezco ciertos honores.

—Entonces ¿te incluimos en el mes?

—Y hoy mismo si queréis.

—Sí, hoy. Eso del mes es la organización...

—¡Ah, bueno!

Al día siguiente Tontín recibió el santo y seña. Su carnet de afiliado a la «quinta columna». Pero, ¡horror!! ¿Qué era aquello? ¿Una hoja de calendario!

—¡Horror! ¡Martes y 13!

Y Tontín Emboscado ya no pudo conciliar el sueño. Salía poco de la casa «protegida». Y cuando salía no hacía más que tonterías.

Se sentaba en un café y hablaba en voz alta de lo bueno que es el señor Irujo. Decía que teníamos unos tribunales jamón. Gritaba que en las cárceles de la España leal se

vivía casi tan bien como en el Ritz antes del 18 de julio de 1936.

Y lo que le perdió fué que una tarde se puso a discutir de política. Defendió la teoría de que eso de la unidad era un cuento de los comunistas. Aseguró que lo mejor era marchar cada cual por su lado, y que eso de la «quinta columna» era un bulo...

Se perdió... Un ciudadano le puso la mano en el hombro. —Oiga, joven! ¿Me hace el favor de su documentación?

—¡A mí! ¿Por qué, camarada? ¡Yo soy un antifascista, mas un revolucionario! ¡Mi tío ha muerto en esta guerra!

—No lo dudo, pero ¿haga el favor de enseñarme la documentación!

—Soy un ciudadano colombiano...

—¿Canta usted?

—Es verdad. Soy nacionalizado en Colombia, gran República americana que ha luchado contra el Paraguay en el Chaco Boreal... Mire mi carta de naturaleza.

Pero Tontín Emboscado, en vez de mostrar otro documento mostró la hoja del calendario: martes y 13.

Esto fué su perdición. El camarada policía conocía el «camouflage» de los fascistas y se lo llevó a la Comisaría. Y Tontín se mordía los puños de rabia.

—¡Claro! ¡Si esto me tenía que suceder! ¡Me dieron el martes y 13!

Y más calmado ya:

—Menos mal que en la cárcel no se está tan mal... Mis dos primos han salido de allí tan gordos como si hubieran estado en una Embajada.

Pero Tontín Emboscado no ha tenido suerte. Hay noticias de que a su ángel tutelar, que se parece al señor Irujo como un huevo

a otro huevo, le van a poner de patitas en la calle. El joven emboscado se acuerda mucho de su tío y exclama:

—¡Ay! ¡Tío de mi alma! ¡Yo no quisiera seguir tu ejemplo!

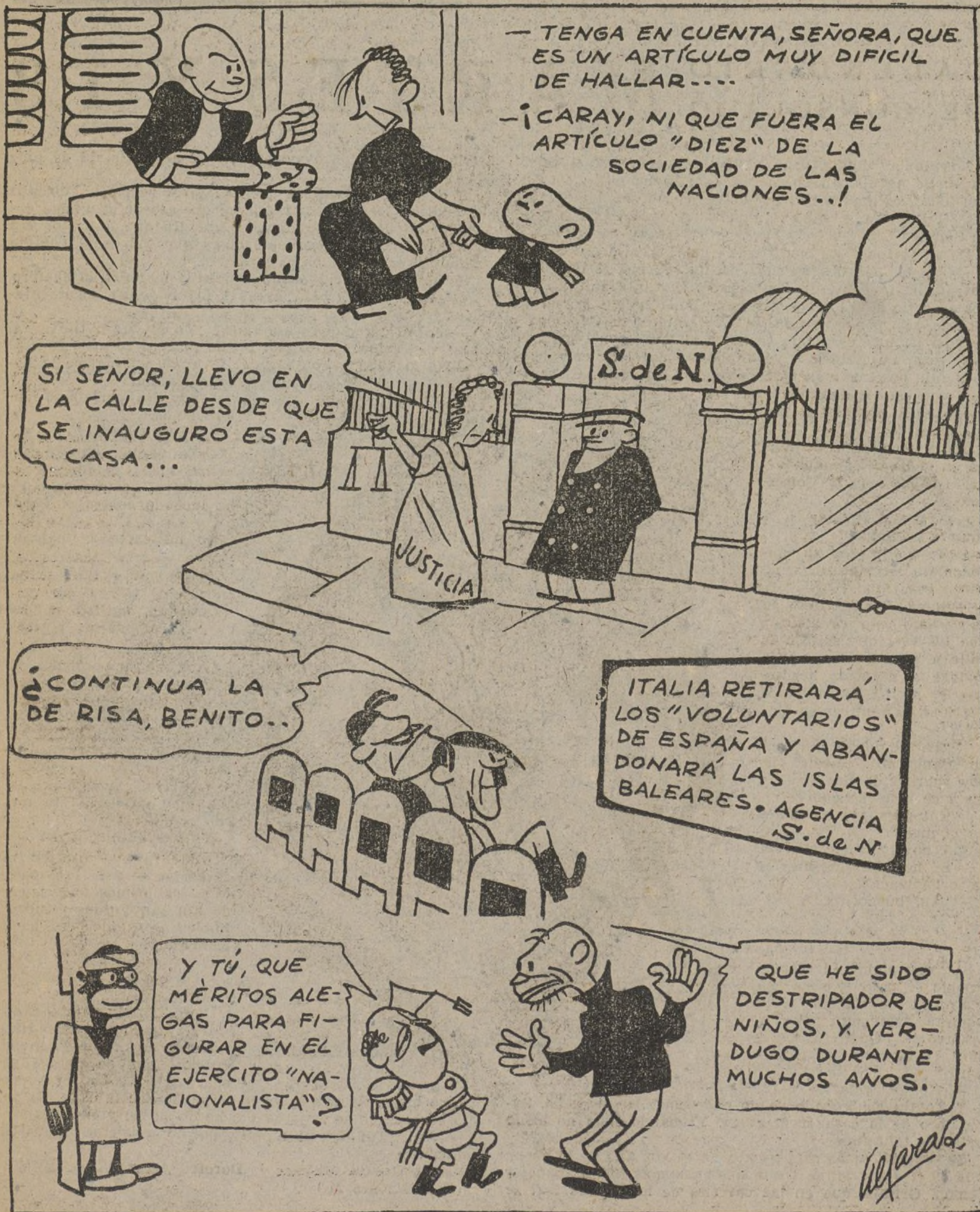
Doroteo ARROJABOMBAS

(Ilustraciones M.)



COSAS de NO VEAS

11011
ALFARAZ



EL HOMBRE Y SU CHISTERA

Comprar una chistera es el gesto más solemne que puede tenerse en el mundo. Hace falta ser académico, diplomático u hombre anónimo para asomar gravemente por la puerta de la sombrerería y decir sin inmutarse:

—¿Tienen ustedes chisteras?

—Naturalmente, caballero—dirá el sombrerero, que se vuelve siempre muy fino al oír hablar de artefactos tan elegantes—. ¿La quiere usted de diplomático, de académico o de estafador de hotel?

Las hay también de señorito borracho, de cochero viejo estilo y hasta de bailarín; pero para todo eso es requisito imprescindible la presentación del contrato de trabajo.

Desde ese momento es morrocotuda la responsabilidad que se contrae con la vida. Ya no se pueden decir cosas a las chicas, ni entrar en los bares a tomar una copa, ni reírse demasiado. Hace falta sostener la cabeza con dignidad y engreimiento y ser amable arrugando la boca. Tampoco es posible acalorarse ni tener una novia en un segundo piso. El hombre enchisterado, a lo que está: a subir a un auto-móvil, llegar tarde a las fiestas y pronunciar unos discursos graves, casi llorosos, en la Sociedad de las Naciones, meta ideal de todos los hombres enchisterados del mundo.

Podía hacerse una interesante estadística con los hombres enchisterados de cada país, lo que nos descubriría cosas tan magníficas como ésta: la civilización de las chisteras invadió América, sobre todo los países del Sur. Y ahora es de allí de donde salen las más estupendas chisteras del globo.

Cuando vienen a Europa tienen que pasar días y más días de navegación, cruzar diversidad de climas, ver paisajes extraños y gentes exóticas. Pues ni el menor sobresalto: llegan tan ternes y compuestas como salieron. Es más: entran en el salón de grandes conferencias de la S. de N. y se ponen a hablar solas con galanura diplomática y todo.

Porque ésta es otra rara habilidad, a la vez que otro grave peligro, de las chisteras: que en cuanto se asientan en la cabeza de sus poseedores, se ponen a hablar solas, por su cuenta; a dictar, cuando menos, estupendos discursos con pronunciación figurada.

Esto es lo que acaba de sucederle al señor Edwards (Eduardo en vulgar romance), flamante y enchisterado repre-

sentante de Chile, que es nación de buenas chisteras.

El tal caballero llevaba a Ginebra unas indicaciones concretas de su Gobierno: a esto, sí, y a esto, no, y a lo otro, ni sí ni no. El y su chistera lo oyeron correctamente de su ministro de Negocios Extranjeros.

Edwards, por el camino, repasaba la lección sobre cubierta:

—A esto, sí; a lo otro, no...

Pero le traicionó la chistera. Por algo la había paseado por las calles más elegantes y los cabarets más diplomáticos. Y había dado con ella aquellos perfectos sombreros a diestro y siniestro a todos los perfectos caballeros y distinguidas damas de la sociedad española que en esos días, y antes y después, deambulaban por ese centro aristocrático del mundo, a ver si a fuerza de sonrisas gachonas y estrechamiento de lazos consiguen adeptos hispanoamericanos para su generalísimo, que ya que no sean españoles de pura sangre, como ellos, les permitan hablar con alguien que no acabe las palabras en hache o en i latina.

Bueno. El caso ha sido que el señor Edwards, con su nombrecito inglesizado y todo, y su comprometedor chistera, ha conseguido relacionarse con lo mejor de estos bellos desquehacerados y sugestionar hasta a la cinta de moaré que lleva sobre el ala.

Con estas influencias, de las llamadas nacionalistas, el señor Edwards se levantó en plena sesión solemne, y ante su propia tiesura de enchisterado recitó del revés las instrucciones que le había dado su Gobierno.

—A esto, no; a lo otro, sí...

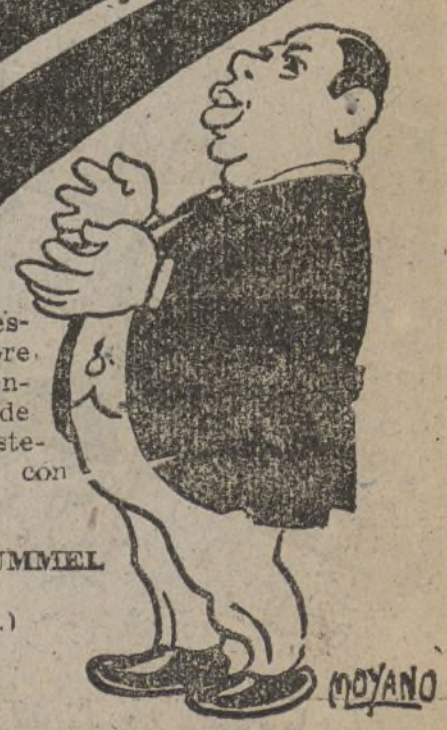
Ni siquiera se dió cuenta de lo que había hecho. Ha parado en ello ahora, al recibir la noticia de su propio país, donde el pueblo le espera con gran impaciencia.

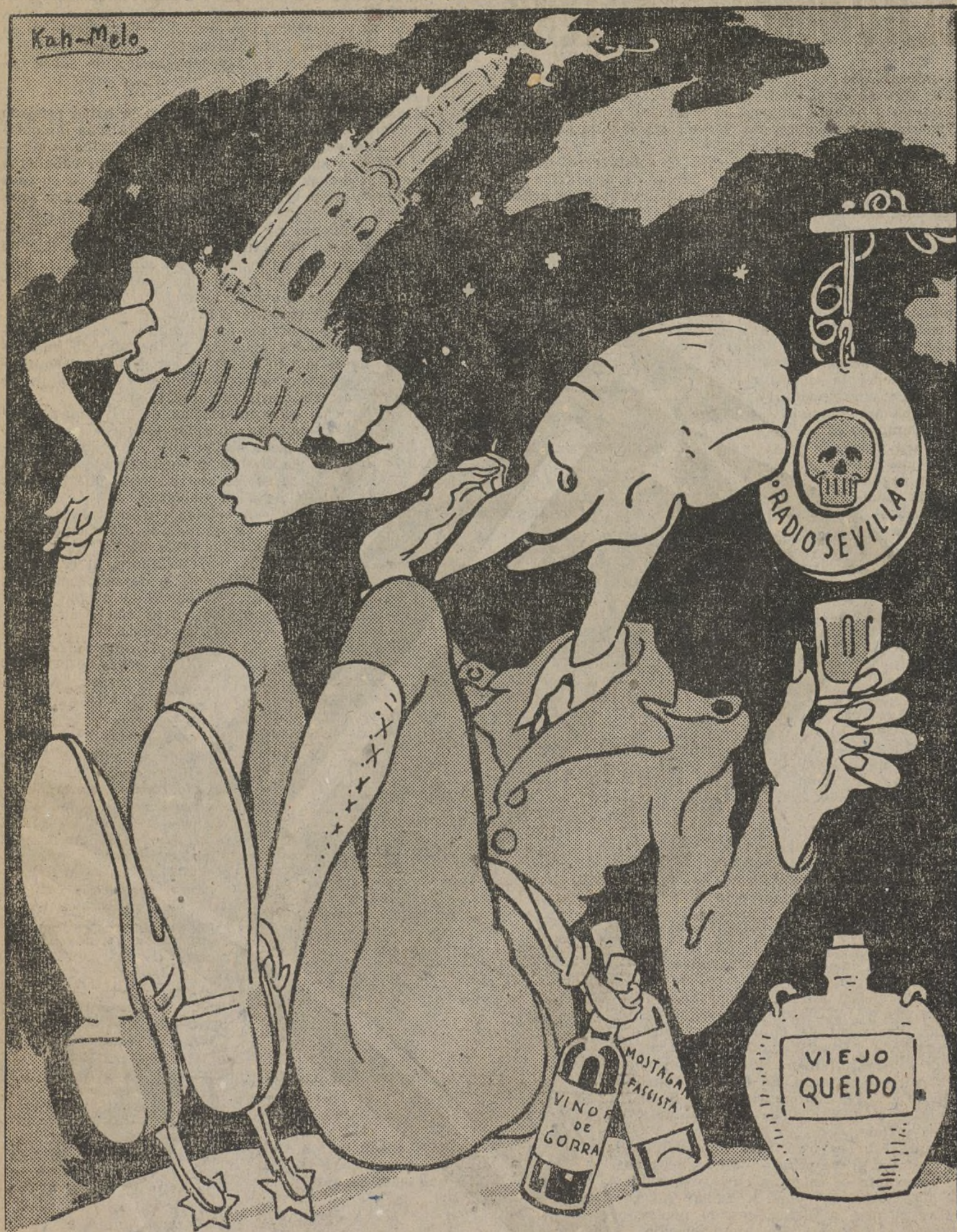
Porque todas estas cosas de las chisteras y sus poseedores, el pueblo las sabe muy bien.

Por eso espera siempre con impaciencia la llegada de sus hombres enchisterados: para acabar con sus siete reflejos.

Jorge BRUMMEL

(Ilustraciones de Moyano.)





¡Y VIVA LA PEPA!..., por KAH-MELO

La Giralda ha dejado de ser sevillana. Es «aria»..., provisionalmente, hasta que el pueblo español enderece las cosas... y deje «disco» a los traidores.

Ayuntamiento de Madrid.

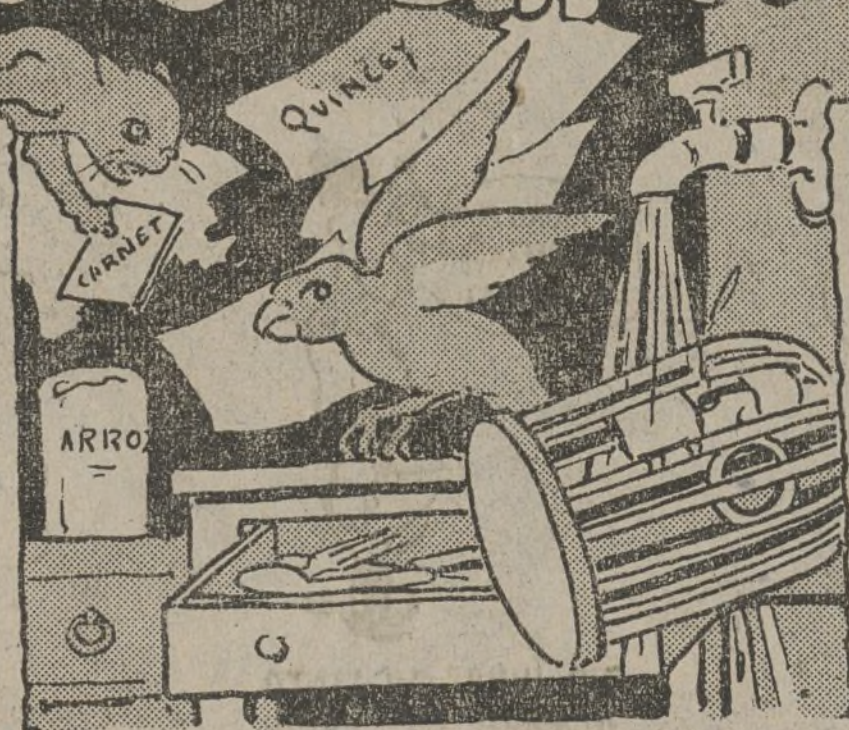
El Vecino Totalitario

LUCHAR CONTRA EL COMUNISMO ES ASEGURAR EL PORVENIR, CABALLERO

El tema del aplastamiento técnico del esternón a golpes regulares de tomo VII del Espasa no había tenido ocasión de encontrar en mí un sujeto agente, paciente ni expectante, hasta aquel momento. Por otra parte, ni siquiera Quincey lo incluye en «El asesinato considerado como una de las bellas artes, o la de majaderías que escribe uno para llamar la atención de los idiotas». No estaba documentado, qué caramba.

Cuando sonó el primer golpe tenía que suceder lo que sucedió. Mi yo (estaba leyendo a Jung: «Cuando tenga usted pesadillas no lea tonterías y póngase a dieta») se puso a demostrar dialécticamente a mi super-yo (que estaba distraído pretendiendo recordar la música de «¡Ay, María Magdalena, por lo mucho que has llorado», qué ojos de huevo se te van a poner!») que si se apostaban una empanadilla de moléculas de lagarto pisado a que la vieja señora reumática del acento limeño legítimo (no confundirle con el de embajada) estaba haciendo cisco el marco del retrato del abuelo que estuvo a punto de morir atropellado por una bicicleta con vistas a una sopa de arroz, ganaría el que apostase que eso era, en contra de la opinión de un primo político del super-yo y cuñado del yo, que se empeñaba en probar que, sencillamente, el joven con ojos de hombre fatal se había quitado una bota.

Pero cuando oí decir a la adolescente del novio que van a llamar a quintas cualquier día: «Pero, hombre, ¿no encuentra usted otra



manera de matar a una joven como yo que pisándola el cuello?, ¡so groserote!, ya no tuve duda (la criatura era así de idiota, la pobre) de que la estaban matando de verdad. Mandé formar a mi yo, el pariente, el super, etc.; avisé a los vecinos de «aquí hasta el gato tiene ahora carnet», que

eran los más cercanos, y nos lanzamos a ver qué pasaba.

Toda la familia estaba muerta, de manera verdaderamente desconsiderada. La casa, revuelta; el loro, suelto; la fuente, abierta; las colillas, en los ceniceros; en fin, un desbarajuste de novela policíaca. Y entre tan-



ta desolación, arrogante y despectivo, con una bolsa de medio kilo de lentejas en una mano (unas ciento veinte horas de cola, al cambio actual) y los plomos del contador de la luz en la otra, Tertuliano, el vecino de arriba, daba una impresión de criminal y mal educado que era la oca.

El vecino de más carnets de los de los carnets procedió a interrogarle.

—¿Qué ha hecho usted, desgraciado?

—La maté porque era mía, digo, lucho contra el comunismo.

—¿Que lucha...?

—Sí, y ustedes debieran ayudarme. El peligro nos amenaza a todos. Nosotros no somos...

—¿Y lucha usted contra el comunismo llevándose en los bolsillos la plata de los cubiertos y la calderilla de los cambios?

—Eso es un aspecto secundario del problema. El cabezota de esta familia se iba a hacer de los A. U. S. La culpa la tiene la familia del tercero, que es de un comunismo indecente y los proselitaba. Estas cosillas que me llevo (las lentejas dicen que dan hierro, y el hierro, para un anticomunista que se estime...) y algunos relojes de oro y carteras con billetes potables que toda la vecindad me darán ustedes si no quieren morir tan antiestéticamente, son para luchar contra esa familia y quitarles esa radio tan buena que tienen, como las personas.

Pero lo bueno fué cuando vinieron los guardias. El mentecato se empeñaba en que lo llevaran, en lugar de a la Comisaría, al Comité de No Intervención.

Al fin se convenció de que había «pringao». Pero la carta que le puso a Benito, a Adolfo y al barón Ta-kata-ka era todo un poema:

«Porque—como el hombre decía—debíais haber avisado que el negocio tenía quiebras.»

BIRI

(Ilustrac. de Manolo.)

LOS MANDAMIENTOS EN ACCION

Por LOLIN



AMAR A DIOS SOBRE
TODAS LAS COSAS



NO JURAR SU SANTO
NOMBRE EN VANO



SANTIFICAR
LAS FIESTAS



HONRAR PADRE Y MADRE



NO MATAR



NO HURTAR



NO LEVANTAR FALSOS
TESTIMONIOS NI MENTIR



NO DESEAR LA MUJER
DE TU PROJIMO

LOLIN



NO CODICIAR LOS
BIENES AJENOS

MI Espionaje en Ginebra

Este oficio de alto espionaje que ahora tengo me proporciona muy buenos ratos, y también sustos y sinsabores. No tengo la belleza de una Mata-Hari—sin ser una piltrafa precisamente—, y debo de suplir con la astucia lo que algunas espías incitantes consiguen con sonrisas y enseñando las piernas.

Pero no puedo quejarme; se hincha uno de comer en los hoteles caros, se viste bien, se muda uno todas las semanas de calcetines...

Esta vez estaba yo aquí en Ginebra, disfrazado de duque de Alba.

Iba siguiéndole la pista a un elegante sujeto que yo sabía agente muy relacionado con Mussolini. Tenía una barba rubia, rizada con tenacillas, y una cara de lo que en España, con nuestro lenguaje vehemente, llamamos un sinvergüenza.

Yo estaba de mal humor, porque unos obreros, a la voz de «¡Ahí va el duque de Alba! ¡Vamos a endiñarle!», me habían sacudido unos patatazos.

Mi vigilado entró en un cine elegante, donde se exhibía una cupletera bastante verde, apodada «Axia eléctrica, la Bergonzoli».

Me senté en la butaca con-



Cómo averigüé el texto de unas conclusiones

tigua al vigilado e inicié la conversación:

—Signore, no me es usted desconocido. Yo soy el duque de Alba.

Le di mi tarjeta, me dijo que había olvidado su cartera, y con tal motivo me pidió veinte duros.

—Pues, está usted más grueso, señor duque, si no me es flaca la memoria...

—¡Bah! En la España leal las personas bien trabajamos cada vez menos... ¿Y qué? ¿Qué le trae por aquí? ¿No necesita usted otros veinte duros?

Me llevó a un rincón del ambigü.

—Pues, verás; yo soy uno

de los hombres de confianza de Benito. Soy, como si dijéramos, el que le tira de la chaqueta cuando se excede en sus berrinches o se pone demasiado flamenco, que es casi todos los días.

Ahora me había encargado de presentar a la reunión de la S. de N. las siguientes conclusiones, que tengo en el bolsillo. Yo me dije: «¿Pero cómo me arreglo, para presentarlas?» y él me respondió: «Pú te arreglas como quieras. Menos fórmulas y protocolos. Te presentas allí y dices que vas de parte mía.»

Me mostró el sumario de conclusiones del Gobierno

italiano para someter a la asamblea.

«1.º Cuando un barco de cualquier pabellón sea echado a pique por un submarino italiano, los países de los tripulantes tendrán derecho a todos los objetos que floten en el agua y sean recogidos por nuestros botes.

2.º La navegación inglesa o francesa podrá dar una pequeña vueltecita por el cabo de Buena Esperanza en vez de pasar por el Mediterráneo, y aunque el viaje resulte un poco más incómodo, se llegaría a un acuerdo en la buena relación de las potencias.

3.º Dada la necesidad de expansión que aqueja al país italiano, Italia tendrá derecho a instalar sus hombres—además de unos cuantos cañones, que no sabemos dónde colocarlos—en cualquier otro país, comprometiéndose a respetar la propiedad privada de la mayor parte de sus habitantes.»

—Pero...—exclamé.

—¿Qué quiere? A mí me parece un poco prematuro...

En aquel momento tuve que levantarme precipitadamente, pretextando una necesidad fisiológica. Un vendedor de bocadillos, antiguo prestamista de Madrid, a quien adeudé veintitrés pesetas—2.300 con el interés—, estaba a punto de reconocermme.

KLEMEN-TITO

(Ilustraciones de Leo.)





Para librarnos de los emboscados, lo mejor es atacar el tronco y no andarse por las ramas. ¿Verdad, amigo Zuga?

Nos han pisado un callo o Los "rojos" se unen para mondarnos

He aquí la copia de la carta que un espía fascista (con carnet y todo) iba a mandar al generalísimo momentos antes de ser detenido:

«Madrid y septiembre del segundo año triunfal... (Triunfal si a ti no te sigue gustando la cebada, si logramos otros diez millones de «voluntarios», si continúa «no interviniendo» lord Plymouth y si los «ro-

grifos del agua abiertos; en fin, otros varios asuntillos de menor cuantía, como el que realiza la marquesa del Trago, que no sale de las tabernas para ver si «pesca» noticias entre los soldados, y lo que «pesca» es cada borrachera que la van a detener por acaparadora de vino. Fíjate cómo andará, que la llamamos Queipo. Y aún sale beneficiado el loro de Sevilla. Pues bien: cuan-

ni y tú comáis el último pienso, pongo por caso. Ya te habrán leído, pues pienso que seguirás sin saber leer, tan mula como siempre, los acuerdos de las demás organizaciones «rojas». Y por ellos habrás notado, Frasquito de mi alma, que éstos se unen. Y que si se unen nos mondan. ¡Qué mala pata, Frasquito! ¡Mira que hacerles caso a los comunistas y unirse con ellos

pasado. ¡Y el hambre! ¡Oh, el hambre español! Arreglad esto como podáis y con la urgencia que exigen las circunstancias; por ejemplo, la circunstancia de las Embajadas que están dando de comer a los nuestros, pues ya están hartos del tostón que les estamos dando. Procurad por todos los medios que no se unan los antifascistas. Hablad con Hitler y le ofrecéis otra provincia, por ejemplo, Cuenca. No tengáis escrúpulos. A nosotros no nos importa España; lo que nos importa es vivir a costa de los demás. Las cosas claras. ¡Ah! No se te olvide encargarle al bello Adolfo que los elementos de su Gestapo que nos ha mandado dan poco rendimiento, sobre todo el día que tenemos cerveza. No te digo más porque creo que con lo dicho



jos» no siguen siendo tan jabatos.)

Ilustrísimo von Franko, generalísimo y demás cosas que te has hecho con permiso de Adolfo «El de las mechas». Nos han pisado un callo, Frasquito, con la única intención de mondarlos. Y nos lo ha pisado el Partido Comunista. Para que veas lo que son y te convenzas de que no hay manera de «civilizarlos». Ya teníamos armado el lio padre a fin de echar una mano a esos valientes (valientes pasmaos) que nos ha mandado «El Mechas». Una red de espías «camouffados», la perspectiva de dividir a los obreros, las hazañas del submarino desconocido, una gran organización de acaparadores, tres mil amigos dispuestos a sacrificarse comiéndose un jamón y 32 huevos diarios para «el fomento del hambre», un cacique revolucionario «de los nuestros» en cada pueblo para servir a la República desde cualquier carguito, por ejemplo de jueces; siete mil amiguitas (te juro por Mussolini que para mí son sagradas) que dejarán los

do todo parecía marchar de perilla (de perilla fascista, claro), nos sale el Partido Comunista con un escrito invitando a todos los antifascistas a unirse más que nunca para darnos las diez de últimas. ¿Te duele? Ya te dije que nos habían pisado un callo. Pero no es eso lo peor, sino que ese escrito parecía que lo estaban esperando todos los antifascistas con el mismo deseo que tienen de que Mussoli-

para acabar con nosotros! ¡Pero qué manía les ha entrado! No puedo dormir..., ni comerme uno de los cinco mil salchichones que recibí últimamente. ¿Adónde van estas gentes? ¿Qué va a ser de España sin generalitos, toreros y marquesas borrachas? ¡Y sin jornales de dos pesetas! ¡Ay lo castizo! Queipo, Cabanellas, Marcial, «la Cachaveira» y Sor Demetria!... Nombres que evocan todo un

será lo suficiente para que no duermas en cinco noches, porque me supongo que seguirás teniendo el mismo miedo. Pero consuélate, pues el verdadero miedo se pasa aquí. Tuyo y de los cinco mil salchichones que me quedan, H. P. 113, del Servicio Secreto de von Franko.»

Por la transcripción,
GON

(Ilustr. de Miciano.)



Ayuntamiento de Madrid



Un fantasma de sólo catorce meses que ya se va haciendo viejo.

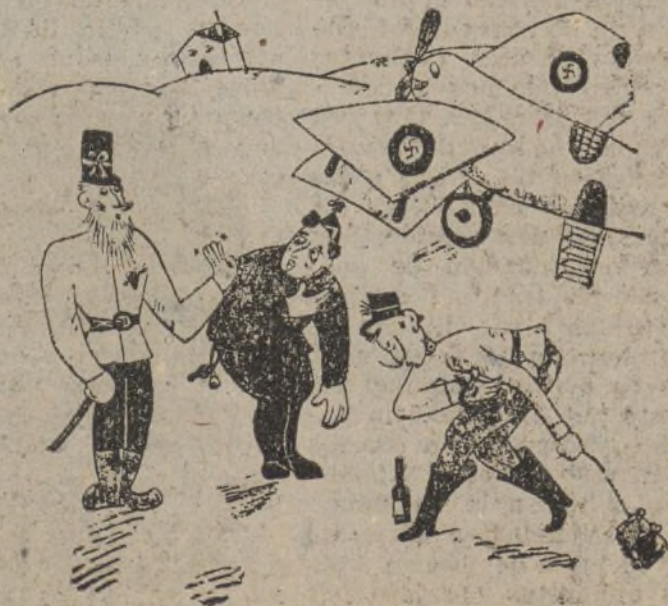
(Dibujo de Cantos.)

**VISADO POR
LA CENSURA**

Todos los paquetes y corresponsales deberán dirigirse a **DISTRIBUIDORA DE PUBLICACIONES, S. A.,** Paz, número 42, Valencia, para los efectos de altas, bajas, modificaciones y giros de **NO VEAS.**

Desde que España tiene heroicos aviadores, el miedo de los facciosos a volar es tal que todos delegan ese honor.

(Dibujo de Olímpica.)





Yo era judío. ¿En qué me lo notaba? En el olor. Me olía a mí mismo y me decía: «Huelo a judío.»

Me fui a Colonia, bella ciudad de Alemania, como saben los alemanes. Busqué una colonial..., no, no: una «colonesa».

Era rubia, como las del Rin.

La dije:

—Te amo.

Y me dijo:

—Pero eres judío.

Tuve tres chiquillos. Eran rubios, como el mazapán.

Mi mujer engordó. ¡Qué hermosa estaba! Las vacas de orillas del Rin no eran tan hermosas ni tan blancas.

Era feliz. Trabajaba en una fábrica de azucarillos. Por la noche volvía, besaba a los tres hijos y me quitaba la corbata. ¡Qué tranquila estaba mi conciencia!

Una mañana recorrí las cervcerías de Colonia:

—¿Hay algo aquí, en Alemania, contra los judíos? —preguntaba.

Todos se encogían de hombros.

Un día entraron los nacionalsocialistas en mi casa. Quemaron mis libros. Mis tres chicos aplaudieron. «¡Qué bonito, papá! ¡Que lo haga otra vez!», me decían, creyendo los pobres que aquello lo había organizado yo para distraerlos.

—¡Ya no puede ser, hijos! —les dije.

Entonces, ellos les entregaron muchas chaquetas viejas mías y un montón de pagarés de cuando yo prestaba dinero a rédito. Todo fué a la hoguera, y aquella noche fué fiesta para mis hijos.

Es la única alegría que

les he podido proporcionar relativamente barata...

Por eso, recuerdo Colonia con placer.

Hoy habito a las orillas del Manzanares. ¿Qué diferencia hay entre el Manzanares y el Rin? Se lo he preguntado a uno, y me ha contestado:

—Ya no estamos en el tiempo de los colmos.

En vista de esto, me he puesto triste y me he ido a casa de Revertito, junto a la estación del Norte. Todo estaba en ruinas.

—Tinto con seltz—he pedido.

Pero sólo me han respondido las lagartijas, metiéndose en sus agujeros.

He encontrado un trozo de periódico. Lo he leído y hallé una cosa sobre Colonia, el «führer» y los judíos. ¡El «führer»! Aún le recuerdo, amenazándome con su dedo índice, queriéndome meter por la nariz y diciéndome:

—¡Juanillo, tienes nombre de judío! ¡Tú eres de mala ralea!

He ido al cine con mi señora y hemos visto «El hombre que lo dió todo». El argumento es un señor que lo da todo y se mete en una Embajada. A mi señora no le ha gustado. Pero yo le he dicho:

—¡Tú no entiendes de esto!...

Por la noche le he escrito una carta al «führer»:

«Querido «führer»: Eres un canalla, que necesita inventar camelos para estar encima, como el aceite. Todo eso se te acabará. En cambio, a mí no se me acabará el ser judío. Tú eres «führer», y eso lo dan las circunstancias. Yo soy judío, y eso lo da la Natu-

raleza. Y la Naturaleza es el aceite de todas las cosas. Siempre queda encima. Ahora sigue, que yo no hago más que esperar. Tuyo y de la Naturaleza, Juanillo.»

Resulta que ya no se puede ir a Colonia a buscar aristócratas pobres que se casen con judíos americanos de dinero. Y eso es la ruina de la población. Hoy he recibido una carta de unos amigos de Colonia, que me dicen:

«Querido Juanillo: ¡Estamos fastidiados! Este «führer» de los diablos está durando más que un dolor de hígado. Prohíbe enlaces mix-

tos, y han subido la cerveza. Confiamos en vosotros.»

Se les he prometido a vuelta de correo.

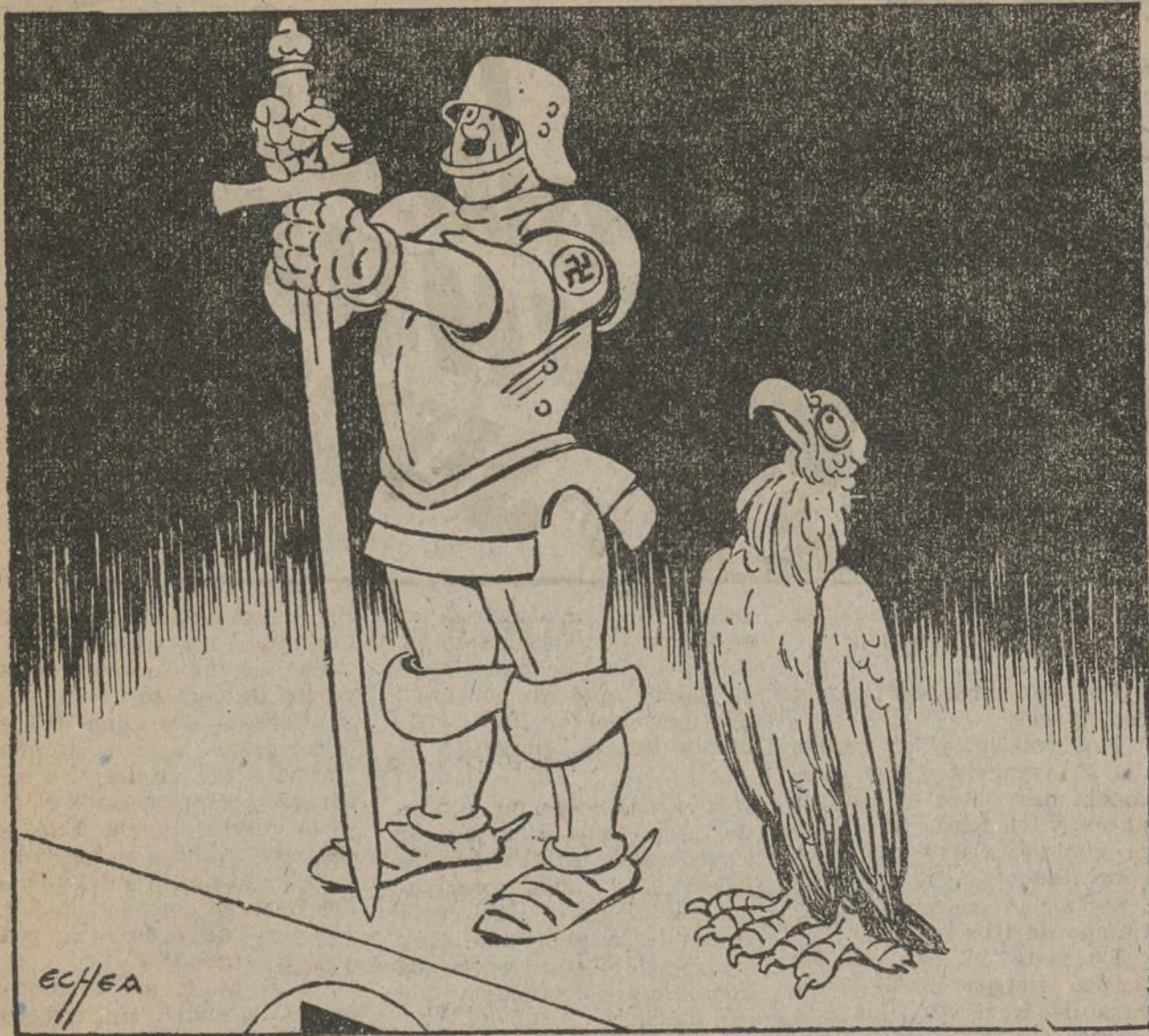
«España—les digo entre otras cosas—será la tumba histórica del «führer». Fracasaré, os lo aseguro. Acaso le cueste la vida. Entonces, ese muñeco sangriento y desquiciado, tendrá que desposarse con la Parca, aunque esta señora no sea aria del todo.»

En se guida me he metido en la cama. Ha sonado un obús. Luego, otro. Al tercer obús me he dormido como un bendito...

TAPETE

(Ilustraciones To.)



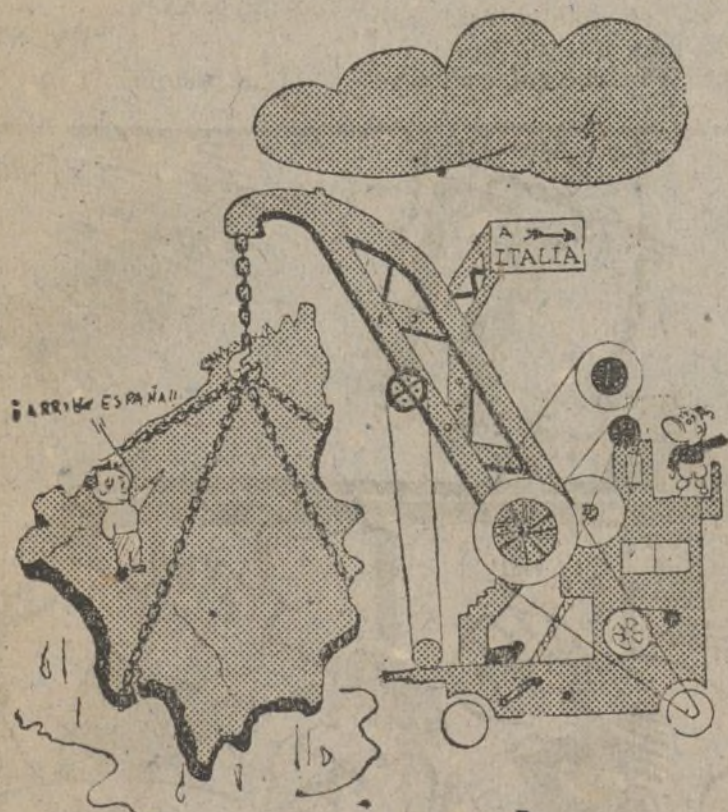


ATUENDO MEDIE-
VAL, por ECHEA

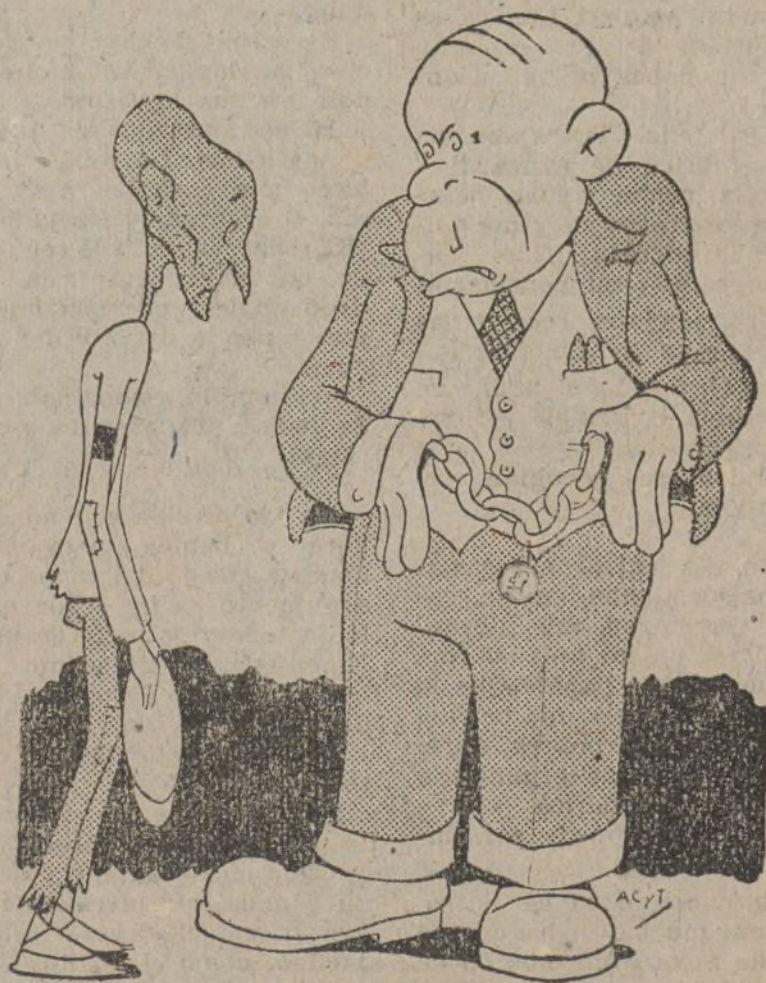
El águila imperial.
No te molestes,
Adolfo; pero te sien-
ta mucho mejor la
gobardina.



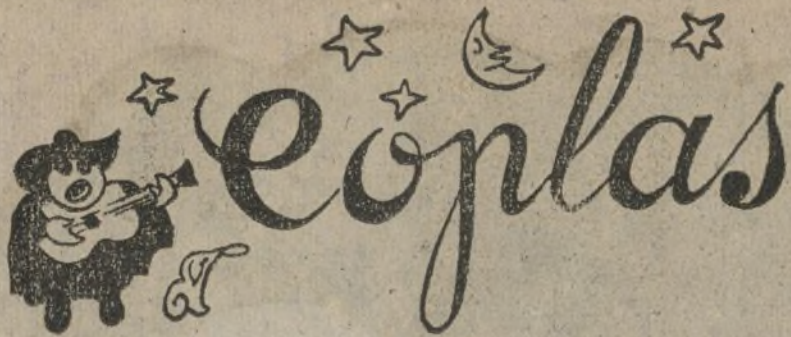
LOGICA «NACIONALISTA»



EL ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!....
DE LOS «NACIONALES». Hysoso



—¿Que no puede usted vivir? Pues
¿qué hace de los treinta reales semana-
les que le pago?... (Dibujo de Acyt.)



Cuando se viene a Madrid,
lo primero que se ve
es que cobran tres reales
por un vaso de café.

Si usted pregunta: "¿Qué es esto?",
le contesta el encargado:
"Son rabitos de ratones,
pero nos cuesta muy caro."

Y más caro os va a costar
si seguís especulando,
porque el Frente Popular
de vosotros está harto.

Bravo soldado del pueblo
que a España leal defiendes:



en tu correa je honroso
cuproníqueles no cuelgues.

Porque ha estao tu compañera
ocho horas en la cola,
y cuando entrega un billete
le dicen: "No gaste bromas."

Mucho dinero tenemos;
el oro tampoco falla;



lo que sobra es el ladrón
acaparador de plata.

Cuando se viene a Madrid
lo primero que se ve
es un montón de mujeres
pa lo que disponga usted.

Pero ten mucho cuidado
que no te tomen el pelo,
porque son espías fascistas
la que más y la que menos.

Si eres soldado del puebl-
y quieres tu compañera,
has de saber distinguir
la que es mala y la que es buena.

EL POETA PACO

(Ilustraciones Vate.)





—Desde que cogi prisionero al italiano aquel, y me puse su guerrera, estoy que no vivo...
—Pues mátalos..., a pesar de que la Ordenanza prohíbe matar «a los que se pasan a nosotros».
(Dibujo de Cantos.)